

Historia de la Revolución China (Castellote Editor), que corresponde en realidad al libro de texto escrito por Mao en el invierno de 1939 y titulado: *La Revolución China y el Partido Comunista de China*. Se trata de obra muy breve y de indudable interés, que se complementa en parte con el texto de Mao: *Sobre la Nueva Democracia* (enero de 1940). La traducción utilizada adolece, sin embargo, de graves deficiencias, ya que corresponde a la primera edición al castellano de 1952. Así, por ejemplo, se traduce por «vagabundo» el término «lumpenproletariado», que ya figura correctamente en la última edición china al castellano de 1971.

Con *Materialismo y empiriocriticismo*, los *Cuadernos Filosóficos y El Imperialismo, fase superior del capitalismo*, nos llegan tres de las obras fundamentales de V. I. Lenin. De la primera de ellas, y en un alarde de cantonalismo editorial, se han publicado nada menos que cuatro ediciones (*Fundamentos, Laia, Ayuso y ZYX*), de las que sólo dos (*Laia y ZYX*) incluyen una presentación o nota introductoria, necesaria a mi entender, por tratarse de una obra de lectura difícil publicada en un país tras largo ayuno de pensamiento crítico.

Escrito tras la revolución de 1905-1907, en un momento de «abatimiento, desmoralización, escisiones, dispersión, apostasias, pornografía en vez de política, reforzamiento a la tendencia al idealismo filosófico, misticismo como disfraz de un estado de espíritu contrarrevolucionario», *Materialismo y empiriocriticismo* es un alegato en defensa del marxismo frente a algunos intelectuales socialdemócratas y ciertos mencheviques que predicaban la llamada filosofía de la «experiencia

crítica», el *empiriocriticismo* o *machismo*, que pretendía «sustituir», en su espacio político, al materialismo dialéctico como filosofía. Esta intervención de Lenin en filosofía coincide además con la coyuntura en la que se produce una verdadera revolución en las Ciencias Naturales, revisándose una serie de conceptos elaborados por la Física clásica. Muchos físicos discuten sobre la «desaparición» de la materia para demostrar la «inconsistencia» del materialismo, y elaboran una filosofía a base de elementos científicos mixtificados. Pero, como ha escrito Luis Crespo en la nota introductoria a la edición de Editorial Laia: «En el fondo de toda esta polémica late, en último término, la lucha por la autonomía del proletariado en la práctica teórica, para disponer de un espacio teórico, y de ahí la despiadada ofensiva lanzada por Lenin en su intervención filosófica para desbaratar las intenciones positivistas que amenazaban con destruir esta autonomía».

Otro texto fundamental de Lenin recientemente publicado en España, los *Cuadernos Filosóficos (Editorial Ayuso)*, constituyen en realidad una obra inacabada y no destinada, en principio, a la publicación. Fueron sacados a la luz por primera vez en 1929-1930, siendo reeditados en varias ocasiones entre 1933 y 1947. El volumen comprende numerosas notas, apreciaciones y críticas de diferentes obras y una exposición sobre algunos problemas de la filosofía marxista, en particular acerca de la dialéctica. Es en los *Cuadernos Filosóficos* en donde se explica que la teoría de la unidad y de la lucha de los contrarios constituye la esencia, el núcleo de la dialéctica.

El imperialismo, fase

superior del capitalismo (Editorial Fundamentos), uno de los textos políticos más importantes de Lenin, es una obra que, lógicamente ha envejecido con el tiempo, que sienta las bases para la comprensión de uno de los problemas fundamentales de nuestra época. ■
JOAN SENENT-JOSA.

En el transtierro...

Euclides, 5. México D. F. La de Euclides es una calle más bien estrecha, que sale a la avenida de Mariano Escobedo. El número 1 es una camisería, la camisería Milord, con los escaparates llenos de colores vivos, a un punto de la caricatura del trópico. El número 5 corresponde a una puerta modesta, puercecita de escalera, puerta de veinticinco años de transtierro.

El barrio era antes un lugar tranquilo, pero un par de grandes almacenes casi en la misma salida de Euclides han cambiado su sosiego en desesperante batalla callejera. Hoy no parece colonia para andarla pensativo, pero años atrás lo fue.

Allí, en ese número 5, en la casa de la pequeña puerta blanca, se metió un escritor español para darle dolorosas vueltas al tema de España. Ocurrió hace un cuarto de siglo. Y lo hizo día tras día. Hasta su muerte.

Cuando uno, al fin, sube la escalera y se sienta en el sofá verde de la gran sala de estar, espera, inevitablemente, que el dueño aparezca de un momento a otro. Allí están, ordenados, encuadernados, los tomos de «Clásicos Castellanos» y de otras colecciones venerables. La mesa donde se jugaba a las cartas después de la cena. Las piezas de cerámica popular. La pequeña colección de minerales. El reloj que

cambia el «cu-cú» por unos compases del «Dabanubio Azul». La hucha en forma de gallina, a la que la esposa del escritor vendió los ojos —la gallina ciega— en homenaje a uno de sus últimos libros...

Del recibidor sale un pasillo, disminuido por los libros y los cuadros. Libros a la derecha, en estanterías que llegan hasta el techo. Cuadros a la izquierda —Xiqueiros, Beltrán, Portocarrero, un Tintoretto—, y al fondo, la gran foto de una pareja joven besándose junto al plano de París.

Doblado ya el recodo, el despacho, el lugar de trabajo, con innumerables libros y una magni-

fica discoteca de clásicos. El despacho está dividido en dos cuerpos. Rincón para leer. Mesa. Incluso una especie de cama junto a una ventana, antes clara, ahora oscurecida por la yedra. Y sobre el umbral del hueco que separa los dos cuerpos, estantes repletos —encuadernación color de vino tinto— de los libros escritos por el ocupante de la casa, ahora ausente.

Habrà en toda la casa alrededor de los 14.000 libros. Está recogida la historia de las editoriales españolas y latinoamericanas de medio siglo. Libros con portadas barrocas. Libros en sencillas ediciones populares. Y la entrada de los

colores y los dibujantes cargados de intención crítica.

Hay algunas fotos con personajes conocidos. En una veo al dueño de la casa al lado de Nicolás Guillén y Alejo Carpentier. En otra es aún un hombre joven, antes de embarcarse en el simbólico y vergonzoso «San Juan».

Aquí, en este espacio, entre estos libros, en estos sillones, subiendo y bajando libros de los estantes, alguien vivió dolorosamente veinticinco años de transtierro. Desde aquí, sin salir de la casa, alguien estuvo imaginando hora tras hora cómo sería la vida española, qué habría de verdad y de mentira en las noticias que unos y otros traían, qué quedaría de aquella capital —Madrid— de los días hermosos y terribles. Aquí se dijo mil veces que no volvería. Aquí decidió, acorazándose en compromisos editoriales, que volvería, que era necesario volver a pasar por las viejas calles, detenerse ante los flamantes hoteles, comprobar que nadie sabía en qué esquina se detuvieron Hemingway o Malraux.

Volvió. Sí, volvió. Lo vimos nosotros en Madrid. Triste, amargado, y, sin embargo, recorbrándose de la enfermedad del transtierro. Sentados en su sala de trabajo de Euclides, 5, nos es fácil recordarlo en una pinza de El Pardo, en paz con el aire, el paisaje y la cocina de su patria.

Fue a España hasta dos veces. De un viaje, aparte de ciertas polémicas, sacó «La gallina ciega». Del segundo y último, material para completar su libro sobre Luis Buñuel. Regresó a México justamente ocho días antes de morir. Cuando se disponía a ordenar las notas, entrevistas y observaciones en torno a Buñuel, otro gran transterrado.

Murió precisamente en este recibidor. De un



Max Aub.

derrame cerebral. La muerte fue instantánea, y no hubo tiempo para echar la última mirada atrás, para padecer el último vértigo del transitorio.

Desde entonces, hace ahora dieciséis meses, la casa sigue igual. La viuda se queda a veces pensativa, como si se le hubiera olvidado algo que su marido acabara de mandar. El despacho, los libros, todo espera a Max Aub.

Aunque Luis Buñuel no se atreva a ir a Euclides, 5, sabiendo, como sabe, que nuestro Aub está definitivamente transterrado. Y que es un hijo de Max quien, allá en Madrid, pone en orden el libro que le consagró su amigo. ■ J. M.

«La música en cifras»: un análisis de control

La gran publicidad que se ha dado en todos los medios de información a las nuevas medidas que, parece, van a adoptar nuestros más altos organismos culturales, en orden a la realización de una política de difusión a gran escala de la música (sinfónica, se entiende; la otra sabe difundirse ella sola), y la ola de optimismo levantada por el anuncio de tales medidas, dotan de especial actualidad al libro —por otra parte reciente— titulado «La música en cifras» (1), del cual es autor el conocido músico, musicólogo y crítico Manuel Valls.

En esta obra se describe, punto por punto, la infraestructura sobre la que, es de suponer, se tendría que cimentar toda política que tratase de afrontar coherentemente la música en cuanto fenómeno socio-cultural; convendría, por tanto, imponer su lectura como obligatoria en todos los sectores implicados en ese fenómeno, pues no estaría mal que el optimismo cediera el paso a una actitud más ponderada, como tampoco lo estaría que se reco-

nocieran en el texto los directamente responsables de la pobre situación de la música en España: que, si hacemos caso a Valls, son «todos». No hay quien salga indemne del general repaso. El diagnóstico es, además de negativo, universal.

La obra es lo que técnicamente se denomina un «análisis de control», y se articula, en principio, en dos partes: una, titulada «La política musical del país», se dedica al examen de los organismos e instituciones que se encargan de la música: la Comisaría General, la Radio, los Conservatorios... sin que falten las alusiones a los sistemas de premios y encargos, al centralismo y burocratismo en la organización y financiación de Orquestas y Festivales, y al obligado tema del teatro de la ópera de Madrid, enfocado de manera realista, a partir de un artículo que se publicó en estas páginas. La segunda parte, denominada «La música y el elemento humano», examina con detenimiento la totalidad de los grupos que se insertan en el proceso de difusión musical: públicos, compositores, intérpretes, crítica... para acabar con una serie de testimonios tendentes a demostrar cómo, en esto de la música también, casi todo lo importante «está fuera».

Se advierte en el libro un intento de sistematizar la denuncia, para lo que se le ha provisto de una estructura rigurosa: la cual, muchas veces, se queda en puramente nominal. El autor está muy metido en el ambiente, lo conoce demasiado bien y, pese a sus intenciones de afrontar los temas uno por uno, no puede evitar que las conexiones que advierte entre ellos pueblen el texto de recurrencias, anticipaciones y remisiones que vienen a deteriorar la estructuración inicialmente propuesta. Circunstancia que, aunque tal vez contraría a los amantes del orden, no es nada la-

mentable, pues el libro, gracias a ella, pierde una gran dosis de sociologismo y se convierte en un alegato personal. Por añadidura, el reparto se enriquece con un abigarrado elenco de nuevos personajes, entre los que no podían faltar los artifices de nuestros «triumfos» festivaleros.

Por todo ello, creo que el título del libro puede llamar a engaño, dado que se fija en un aspecto parcial, limitado: las cifras. Y al autor no le interesa tanto constatarlas como reflejar las situaciones que hay detrás de ellas, y que poco tienen que ver con las explicaciones «oficiales». Manuel Valls se sirve para este fin de la propia literatura oficial y paraoficial, que inserta en su propio discurso, para entablar así con ella un diálogo sumamente sarcástico del que sale muy malparada.

«Y esto —parece decirnos el autor— no es todo». De la lectura de «La música en cifras» se saca la impresión de que, por unas u otras razones, deben quedar ocultas muchas más cosas, muchos más episodios de esa tragicomedia que es, para Manuel Valls, la realidad musical española. Declara Valls (pág. 46) que su libro no es un manual de ética. Puede que no lo sea, pero podría compararse, dados los efectos que debería producir... si no fuera porque aquí hay gran maestría en las artes de curarse en salud y no darse por aludido.

Un libro de las características de «La música en cifras» significaría, en otros lugares, un importante revulsivo. Aquí se queda en una «obrita meritosa» escrita por un «autor enterado». Nada más. ■ JOSE RAMON RUBIO.

Fragmentos desgarrados de nuestra cultura

Tradicionalmente se ha venido hablando del

desdén de los intelectuales españoles hacia el cine, de la escasa consideración que el nuevo medio expresivo merecía a hombres fundamentales de nuestra cultura. Que esto no ha sido exactamente así, o que al menos durante unos determinados años sí se produjo ese interés, lo demuestran tres tomos recientemente aparecidos en las librerías: dos de ellos dedicados a recopilar los escritos cinematográficos de César Arconada (1) y otro en que se recogen textos de diversos autores publicados en la sección de cine de «La Gaceta Literaria» entre 1927 y 1930 (2). Se unen, pues, estos libros al creciente deseo de rescatar unos fragmentos de la cultura española desgarrados por la guerra civil, y que —en su vertiente ensayística— comienzan ahora a recuperarse con la reedición de escritos pertenecientes a los últimos años de la Dictadura y a todo el pe-

(1) Tres cómicos del cine y Vida de Greta Garbo, y otros escritos, de César María de Arconada. Selección de «Marta Hernández». Dos tomos. Castellet, Editor. Colección Básica Núm. 15. Madrid, 1974.

(2) En pos del cinema. Selección de textos aparecidos en «La Gaceta Literaria», a cargo de Carlos y David Pérez Merinero. Editorial Anagrama. Colección de Cuadernos número 74. Barcelona, 1974.

riodo republicano. Es el reencuentro con unas raíces que largos años de silencio habían sepultado, con gravísimas repercusiones para nuestra identidad cultural. Concretamente en el terreno cinematográfico, la ausencia de una tradición crítica reconocible —aunque quizá no inexistente— ha significado siempre uno de los mayores obstáculos con que nos enfrentábamos quienes hemos abordado esta profesión, obligados una y otra vez a partir prácticamente de cero, desbrozando caminos ya recorridos, pero ocultos de nuevo por las malezas de posguerra. Leer hoy textos ocultos de hace cuarenta o cincuenta años nos proporciona, de alguna forma, el hallazgo de resonancias muy íntimas que permanecían ignoradas en nuestro desván colectivo.

De aquí nace el mayor interés de «En pos del cinema», el libro antológico sobre «La Gaceta Literaria», que antes citábamos y donde se reproducen artículos de una veintena de autores, desde Alvarez del Vayo a Palacio Valdés, pasando por Pío Baroja, Rosa Chacel o Ledesma Ramos, junto a los cuales aparecen hombres de mayor dedicación cinematográfica, como Buñuel, Piqueras y Arconada. Des-

de unos criterios de teoría fílmica, ninguno de los textos posee individualmente un valor decisivo —como de costumbre, destaca Juan Piqueras con su «Sentido social de «La aldea maldita»—, quizá por estar redactados buena parte de ellos como simples presentaciones para el «Cine Club Español» que «La Gaceta Literaria» patrocinaba. Pero sí son el claro exponente de una generación para la que —influenciada también por el surrealismo— el cine era todavía algo mítico, semimágico («El cine nos ofrece un lenguaje todo hecho, constante, fastuosamente limitado. Este lenguaje será el primer milagro; su manera de usarlo, el segundo. El milagro del cine no debe nada al milagro preparado escenográficamente; el milagro del cine consiste únicamente en el milagroso empleo de su milagrosa manera de expresión», escribiría Salvador Dalí), lo que no era privativo de nuestros intelectuales, pues ya vimos algo similar al reseñar los textos de Antonin Artaud. Quizá la razón última de tal «encantamiento» se halle en la, por primera vez, coincidencia vital de unos hombres y un arte al que «se ha visto nacer», como apunta Guillermo de Torre en otro de los textos seleccionados:

